

MARTA LA DESCONOCIDA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

ALFREDO SANCHEZ BASTIDA



ÁVILA

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE BENÉN MARTÍN

1984

G-F 15432

DG
A

+170224

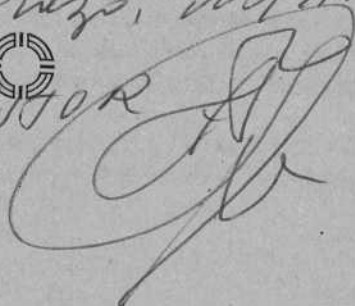

MARTA LA DESCONOCIDA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

ALFREDO SANCHEZ BASTIDA

*A Enrique P. Valbuena con
mi mejor estima,
y un abrazo, del hijo
del autor*



AVILA

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE SENÉN MARTÍN

1934

PERSONAJES

MARTA
MARIA.....
CARMELA.....
BERTA.....
PONCIANA
CARLOS
D. LUCIANO.....
PIRULO.....

Esta obra, compuesta de tres actos, se supone que transcurre en un intervalo de tiempo de diez años, de acto a acto, cuidando los actores dar la sensación al público del tiempo transcurrido.

El papel de Marta en el segundo acto, lo hará una niña que aparente tener diez años; en el tercero, la dama joven.

ACTO PRIMERO

Comedor en casa de Carlos. Muebles de estilo severo propios de la estancia. Primero y segundo término, derecha puerta. Al foro, centro puerta, primer término izquierda, chimenea al parecer encendida, y en segundo término, balcón con vidrieras. Todo practicable.

Al levantarse el telón la escena estará iluminada por una lámpara eléctrica que estará colocada al centro de la habitación, y sobre la mesa de comedor.

CARMELA. *(Sentada próxima a la chimenea estará haciendo labores propias de las de su sexo. Remueve las ascuas de la chimenea). ¡Vaya una nohecita de frío!*

D. LUCIANO. *(Sentado en una butaca también próximo a la chimenea, doblando un periódico). Está el tiempo amenazando una gran nevada.*

CARMELA. *Mire cómo se consume la lumbre.*

D. LUCIANO. *Procura que no se apague que la velada va a ser larga. (Se frota las manos de frío.)*

CARMELA. *¡Ay don [Luciano! Desdichado del que no tiene albergue.*

D. LUCIANO. Sí que es verdad. ¡Pobrecillo!

CARMELA. No comprendo cómo el que tiene una casa confortable, sale con estas noches tan crudas.

D. LUCIANO. El buen humor y la juventud todo lo arrolla.

CARMELA. ¡Sí que es gusto!

D. LUCIANO. ¡Ya ves el señorito Carlos!

CARMELA. ¡El señorito! (*Pausa*). Yo creo que ese debe pasar poco frío.

D. LUCIANO. Igual que los demás.

CARMELA. ¡No!

D. LUCIANO. (*Con extrañeza*). ¡No sé por qué!

CARMELA. Porque el señorito al salir de casa debe ser para refugiarse... en otro lugar.

D. LUCIANO. (*Sorprendido*). ¿Dónde?

CARMELA. (*Con picardía*). En otro, también confortable.

D. LUCIANO. Calla, calla, chiquilla, tú te equivocas.

CARMELA. Bien quisiera.

D. LUCIANO. ¿En qué te fundas?

CARMELA. Qué se yo.

D. LUCIANO. Entonces mucho te atreves a decir. El señorito si sale de casa es para ir al casino, al teatro, al café, u otro sitio digno, pero nunca a tugurios de corrupción y de menosprecio a su dignidad de caballero.

CARMELA. Conforme, en su modo de apreciar las cosas, don Luciano. Pero su buena intención para con el señorito, se estrella ante la realidad.

D. LUCIANO. Luego tú aseveras que el señorito...

CARMELA. No solo lo asevero, sino que lo afirmo.

D. LUCIANO. ¡Caramba! Yo que creí... En fin para qué seguir negando. Si quieres que te diga la verdad, también he comprobado tus recelos.

CARMELA. (Con asombro). ¿Sí?

D. LUCIANO. Sí. Y si quieres que te sea más franco, te diré, que alguna noche le he espiado, le he seguido, y...

CARMELA. ¿Y cuándo ha sido que yo no lo he notado?

D. LUCIANO. Cuando los dos como en esta noche nos hemos quedado velando.

CARMELA. Ahora sí que lo entiendo menos.

D. LUCIANO. Seré más claro. ¿Tú crees que muchas noches al retirarme a mi habitación, lo hago para acostarme?

CARMELA. Así lo he supuesto.

D. LUCIANO. Pues te equivocas. Yo también de vez en cuando, hago mis pinitos. ¡Y trasnocho!

CARMELA. ¡Qué tunante!

D. LUCIANO. Y en una de esas noches en que el diablo no tenía que hacer, o, para que lo entiendas mejor, que la jaula que yo buscaba estaba vacía y sin pájaro, me permití en mal hora seguir a don Carlos y averigüé todo, todo, todo.

CARMELA. Luego usted no me era franco, fingía y estaba enterado.

D. LUCIANO. ¡Sí!

CARMELA. ¿Y se puede saber?

D. LUCIANO. ¡Curiosilla! No me atrevo a contarlo.

CARMELA. ¿Desconfía usted de mí?

D. LUCIANO. No, hija, pero son asuntos de índole

tan delicada que siempre es bueno tener discreción. Además las paredes oyen.

CARMELA. Si estamos solos.

D. LUCIANO. No importa; mañana pudiera saberlo don Carlos y en qué situación tan violenta me pondría.

CARMELA. Por mi parte yo le aseguro que quedará como en un sepulcro.

D. LUCIANO. Además... que no me atrevo.

CARMELA. ¿No se atreve?

D. LUCIANO. No; no quiero hablar.

CARMELA. ¡Ya!

D. LUCIANO. Se me resiste.

CARMELA. ¿Tan grave es?

D. LUCIANO. Te diré; grave... Según el sentido en que se quiera tomar.

CARMELA. Me pone usted en un cuidado que me llena de curiosidad.

D. LUCIANO. ¡Al fin y al cabo mujer!

CARMELA. Siga, siga.

D. LUCIANO. Esta vida es un laberinto; se mete uno confiado y cuando busca una salida... se encuentra maniatado. ¡El hombre es débil! Y aunque tú habrás oído decir que pertenecemos al sexo fuerte ¡ríete tú de cuentos!

CARMELA. ¿Qué me dice?

D. LUCIANO. Lo que oyes. Vivimos en una senda de abrojos; cuanto más dichosa veas una familia, más cerca tiene el infortunio. Sabrás que yo te hablo por experiencia. Mis años, mis canas, y lo ducho que estoy en estas aventuras, dan crédito a mis palabras. ¡Quién entre aquellos

que fueron mis camaradas no recuerdan de mí! Aquel elegante sportman que en cuantas fiestas y orgías se organizaban era el alma de ellas, y hoy en el ocaso de mi vida, ya me ves, el humilde servidor, el átomo más insignificante del hijo de uno de mis mejores amigos, del señorito Carlos.

CARMELA. Pero cuentan que usted fué un picarillo.

D. LUCIANO. Te diré. . fuí como uno de tantos.

CARMELA. ¡Será curiosa su novelita amorosa.

D. LUCIANO. Una de las muchas que se ven a cada paso.

CARMELA. Sí, comprendido; una mujer desgraciada y un hombre que la abandona.

D. LUCIANO. Y vosotras, unas interesadas.

CARMELA. ¿Por qué dice eso?

D. LUCIANO. Porque mientras el hombre puede sostener vuestros caprichos os mostráis simpáticas, aduladoras, y fingís un cariño que no sentís.

CARMELA. ¿Y ustedes los hombres por qué son tan... inocentes?

D. LUCIANO. Tienes razón.

CARMELA. ¿Luego usted se arruinó por una?

D. LUCIANO. ¡Justo! Me arruiné por una de vosotras. En fin, corramos un velo a lo pasado, y pongamos nuestra vista en el presente. ¡Harta resignación tiene quien se sujeta a ser un servidor acostumbrado a ser servido.

CARMELA. Sí, volvamos si usted quiere a hablar del señorito Carlos.

D. LUCIANO. ¿Te interesa?

CARMELA. ¡Sí!

D. LUCIANO. No te comprendo.

CARMELA. Me lo figuro. Quizá usted tenga también curiosidad. Hace poco más de un año entré en esta casa en calidad de doncella.

D. LUCIANO. Lo sé.

CARMELA. Tengo grandes simpatías por la señorita.

D. LUCIANO. También lo sé.

CARMELA. Y desde hace poco más de un año... no hay sosiego en esta casa, no hay reposo, no hay descanso. En nuestra presencia se finge una alegría extremadamente impropia y a nuestras espaldas se desencadenan unas tempestades horribles. ¡Cuántas veces a la señorita me la he encontrado llorando! ¡La felicidad se fué! ¡Esa llamada luna de miel qué poquísimo ha durado!

D. LUCIANO. Antes debiste preguntar si la hubo.

CARMELA. ¡Si yo pudiera arreglarlos!

D. LUCIANO. Creo perderías el tiempo.

CARMELA. ¿Usted lo cree así?

D. LUCIANO. Y casi lo afirmo. Han llegado las cosas a tal extremo que el que se mete a redentor lo crucifican.

CARMELA. ¡Qué lástima! Yo que he saboreado las dichas de un hogar humilde, pero dichoso. Yo, que, aunque joven, tan de cerca lo he palpado. ¡Cuando mis padres vivían! ¡Con qué gusto y sin discordia se trataban para conservar la dicha del hogar! Su mejor felicidad era pensar en el mañana; el trabajar sin descanso para crearse un bienestar, fija la vista en nosotros. ¡En sus hijos! Por eso cuando comparo esta casa fría y triste con aquélla ¡me da pena! y, créame

don Luciano, entonces es cuando me acuerdo con más gusto de aquellos santos.

D. LUCIANO. (*Poniendo atención*). ¡Silencio! ¿No has escuchado?

CARMELA. La señorita que sale.

MARÍA. (*Sale desasosegada, vestirá un salto de cama.—Extrañada*). ¡Jesús! ¿Están ustedes levantados?

CARMELA. (*Levantándose respetuosamente*). ¡Señora!

D. LUCIANO. Así parece.

MARÍA. ¡Todo por Carlos!

D. LUCIANO. No. No solo es por Carlos; usted ya sabe que nos gusta trasnochar. Además no le debe de extrañar; ya sabe que en Carlos, es costumbre, como si dijéramos vicio. Y lo tiene tan arraigado, que el privarle de salir y trasnochar es contrariarle.

MARÍA. ¡Contrariarle!

D. LUCIANO. Sí, contrariarlé. Además son tan inocentes sus salidas y tienen tan poca importancia que.....

MARÍA. ¡No! No diga eso, Carlos.....

CARMELA. (*Pidiendo autorización para continuar la labor*). Si me permite.

MARÍA. ¡Pobre Carmela! Siéntese, no me había fijado.

CARMELA. Gracias. ¿Y cómo es que la señorita se ha levantado?

MARÍA. Porque en mi alcoba siento frío. No podía descansar.

CARMELA. ¡Es claro!

D. LUCIANO. Es que lo hace.

CARMELA. No sólo es eso. Es que una señora casada y sola debe de sentir frío.

D. LUCIANO. ¿Tú qué sabes?

CARMELA. Se comprende. ¿Qué es el matrimonio? La unión de dos cuerpos en un alma.

D. LUCIANO. ¡Claro! Y tú crees que faltando un cuerpo, falta calefacción. ¿No es eso?

CARMELA. ¡Claro que sí!

MARÍA. Dice bien Carmela. No es la materialidad lo que falta; es el calor moral que se ha ido y todo ha quedado helado.

D. LUCIANO. Eso es una apreciación de usted, señora.

MARÍA. Es realidad.

D. LUCIANO. Don Carlos desde joven está mal acostumbrado; hace la vida de noche y todo está disculpado en gente de posición. ¡Yo como lo que digo por suerte o por desgracia lo he pasado!

MARÍA. Sí, no deja de ser un razonamiento. Pero antes, recién casado, se enmendó y si hubiera sido vicio.....

D. LUCIANO. ¡Oh señora! Un hombre recién casado todo lo olvida; después es cuando recapacita y vuelve a la realidad.

CARMELA. ¡Jesús!

D. LUCIANO. ¿Te sorprende?

CARMELA. Mucho. ¡Con esos razonamientos cualquiera se casa.

D. LUCIANO. ¡Razonables! El hombre al casarse se crea una obligación. Se crea un hogar. Se une a un ser para él ideal. Pero nunca debe de crear-

se una prisión. Además, y esto es un axioma que toda mujer debe de tener muy en cuenta, y al decirselo yo a ustedes no quiero que sea motivo de molestia, la privación es causa del deseo. El hombre que por cualquier coincidencia, se vé privado de un algo, es cuando más le apetece.

CARMELA. Luego usted.....

D. LUCIANO. Yo como todos. ¿Tú crees que por mi gusto estoy aquí aunque esté muy bien tratado? Te equivocas. Estoy aquí por mi mala suerte, por obligación, más bien por misericordia. ¡Pero por mi gusto! ¡Nunca!

MARÍA. ¿Qué hora es? *(Se dirige al balcón)*.

CARMELA. Hace un momento que acabaron de dar las cuatro.

MARÍA. *(Observando desde el balcón)*. ¡Y qué nochecita que hace!

CARMELA. *(Se dirige al balcón también y observa)*. ¿No lo dije? ¡Ya está nevando!

MARÍA. *(Con impaciencia)*. ¡Y este hombre sin venir!

CARMELA. *(Con estupefacción)*. ¡Mire, señora, mire!

MARÍA. ¿Qué pasa?

CARMELA. Junto a la puerta del palacio de los Condes de Altamira, ha llegado un embozado y ha dejado un envoltorio. ¿No lo ve?

MARÍA. ¿Qué será? *(Abre el balcón llena de curiosidad)*.

D. LUCIANO. Algún lío.

CARMELA. *(Asomándose llena de curiosidad)*. ¿No oye usted?

MARÍA. (*Escuchando*). ¡Se quejan! Es llofo y parece de un niño.

D. LUCIANO. ¿No lo dije? ¡Un lío!

MARÍA. (*Con emoción*). ¡Sí, de un niño! ¿No lo oyes? Anda, vé a buscarlo.

CARMELA. (*Con temor*). ¡Ay señorita! No me atrevo.

MARÍA. ¿Y usted, don Luciano?

D. LUCIANO. (*Titubeando se levanta de su asiento*). La cosa es que...

MARÍA. (*Con resolución*). Iré yo. (*Váse*).

CARMELA. (*Con decisión*). Si va usted yo la acompaño. (*Váse*).

D. LUCIANO. Andar con Dios. ¡Pobre señora! ¡Es un angel! Y don Carlos, es natural, un hombre que hoy se ve acaudalado y la suerte le sonríe... La otra noche seguí sus pasos y entró en cuatro o cinco lados yo creo que para despistar y al fin fuimos a parar... donde yo me suponía, al dichoso cabaret. Allí estuvo poco rato y al final le ví salir con dos. ¡Con dos! Que al punto me pregunté ¿a dónde irá don Carlos? Toman un coche. Yo otro. Los sigo y, es claro, al poco rato para el coche frente a una casa coquetona y elegante. Abre el sereno. Yo aguardo. Todos desaparecen Yo entonces también le llamo, y mediante unas monedas que doy a aquel gallego cerrado, me responde: ¿Que quién son las que he abiertu! Las señoritas y el amu. —¿Y viven ahí?—Es natural. Yu pur lu menus tudas las nuches les abru. —Está bien.—¿Es curiosidad?—¡Es claro! Además que me gusta una de ellas.—¿Cuála?—¡Una! —¡Ah! pues en cuantu

marche el amu...—¿Se vá?—De aquí a un ratu. ¿Se puede pasar?—Quién lo duda.—¿Son alegres?— Si usted quiere yo le abru.— ¡Hombre, sí, será curioso! ¡Tengo interés! ¿Dan albergue?— ¡Claru, claru! El señor paga la casa, paga el luju, paga el platu, y ellas...— ¡Está bien! Y aquí está mi buen Luciano haciendo de Luis Mejías porque el Tenorio es don Carlos.

MARÍA. (*Entrando apresurada*) Luciano, Luciano, mire. Pase al gabinete verá qué encuentro.

D. LUCIANO. ¿Qué es ello?

MARÍA. ¡Una niña!

D. LUCIANO. ¡Caramba!

MARÍA. Con un rostro tan hermoso que me he quedado encantada. ¡Estaba muerta de frío! ¡Pobrel! Al recibir nuestro amparo parece lo agradecía.

D. LUCIANO. Ya tiene entretenimiento.

MARÍA. Sí, al menos ya que Dios no me ha concedido familia tendré el consuelo de amparar al desvalido.

D. LUCIANO. ¿Y qué dirá don Carlos cuando vea en casa una niña?

MARÍA. Guardémosle hoy el secreto, y mañana creo no le desagradará el hallazgo.

D. LUCIANO. ¡Mañana! Mañana será otro día.

MARÍA. Claro. Por más que he de manifestarle que estoy muy disgustada. La manera de proceder de mi marido no me hace feliz. Así, que si no le agrada...

D. LUCIANO. Fíjese la señora que es su esposo.

MARÍA. ¡Mi esposo! Es lo que me apena.

D. LUCIANO. ¿Está usted arrepentida?

MARÍA. Hace tiempo.

D. LUCIANO. Tenga paciencia, hija mía.

MARÍA. Ya la tengo, mas hemos llegado a un estado que esto ya es insoportable.

D. LUCIANO. ¿Y qué piensa?

MARÍA. ¡Qué se yo! Si no se enmienda, un escándalo.

D. LUCIANO. ¿Qué dice?

MARÍA. Lo que usted oye.

D. LUCIANO. ¿Es posible?

MARÍA. No es lo que él me prometió.

D. LUCIANO. (*Sintiendo sus pasos*). Ya llega. Les dejo. (*Váse primer término derecha*).

MARÍA. (*Siguiendo sus pasos*). Sí, así se evitará usted presenciar la última escena de este drama. (*Entra Carlos por el foro centro y hace como que no ve a María. Procurará traer capa y venir embozado, la que apresuradamente se quitará al ver a su mujer*). ¡¡Carlos!!

CARLOS. (*Disimulando naturalidad*). ¿Qué pasa?

MARÍA. ¿Es hora de recogerse?

CARLOS. ¿Tengo tiempo limitado?

MARÍA. Un marido se debe a su mujer.

CARLOS. ¿No me tienes ya aquí?

MARÍA. ¿Y a qué hora?

CARLOS. ¡Bien temprano!

MARÍA. Desde luego. Pero aún yo le quería haber tenido antes.

CARLOS. ¿Y qué hacía levantada?

MARÍA. ¡Como usted dice que es temprano! Esperándole.

CARLOS. ¡Señora!.... No me incomode. (*Con tono reprobivo*).

MARÍA. ¡Está bien quiera usted llevar razón!

CARLOS. Y la llevo, mas que a usted la pese.

MARÍA. ¡A mí no! Puede usted hacer lo que guste.

Como si no quiere volver.

CARLOS. (*Con sorna*). ¿Es su deseo?

MARÍA. Y quizá el de usted.

CARLOS. (*Amenazador*). Si me lo vuelve a repetir....

MARÍA. (*Con indiferencia*). Si es su gusto.

CARLOS. (*Con resolución*). Me iré.

MARÍA. He de advertirle que si sale de esta casa es para siempre.

CARLOS. (*Indiferente*). Me es igual.

MARÍA. ¿Es resolución de usted?

CARLOS. Y de usted que me lo propone.

MARÍA. (*Sollozando*). ¡Ingrato!

CARLOS. Piense usted, señora, que un marido no es un esclavo.

MARÍA. (*Enjugándose las lágrimas pero con reproche*). A un marido no le considero esclavo, pero sí más considerado. No es eso lo que usted me prometió antes de la boda.

CARLOS. ¿Qué la prometí?

MARÍA. Mucho de lo que no cumple; para qué hemos de recordarlo.

CARLOS. No lo tendrá usted muy seguro.

MARÍA. Y usted por lo visto ya lo ha olvidado.

CARLOS. ¿Olvidado?

MARÍA. ¡Sí! Nuestros primeros meses de matrimonio se portaba usted mejor.

CARLOS. ¿Y cree usted?....

MARÍA. Creo que así no se puede continuar. Que yo ya me voy cansando y que si no trata de enmendarse.....

CARLOS. ¿Enmendarme? No tengo por qué.

MARÍA. Pues por mi parte hemos terminado.

CARLOS. (*Amenazador*). ¡La pesará!

MARÍA. (*Con indiferencia*). ¡Oh, no!

CARLOS. ¡Señora, esto es inaguantable! No puedo más.

MARÍA. Eso digo yo.

CARLOS. (*Con resolución*). Decididamente me marchó.

MARÍA. (*Sigue indiferente pero acongojada*). Cuando usted guste.

CARLOS. Ahora mismo.

MARÍA. (*Amenazadora pero con sollozos*). ¡Carlos, mire lo que hace!

CARLOS. ¡María! Me marchó. Adiós. (*Coge la capa al brazo y váse*).

MARÍA. (*Acongojada*). ¡Ingrato! ¡Mal marido! ¡Mal hombre! Cásese usted para esto. (*Queda abatida sobre la mesa comedor*).

D. LUCIANO. (*Entrando primer término derecha*). Doña María, paciencia.

MARÍA. (*Enjugándose las lágrimas*). ¿Le ha oído usted, don Luciano?

D. LUCIANO. Todo, hija mía, todo.

MARÍA. ¿Y qué le parece?

D. LUCIANO. Que esto es nube de verano que pasará.

MARÍA. Eso no, por su gusto se ha marchado, y si vuelve no me verá.

- D. LUCIANO. Recapacite bien, señora. Piense en su estado. Una señora casada no debe estar sola. La sombra del marido aunque éste tenga algún defecto es una garantía.
- MARÍA. Tal creo. Pero y el abandono en que me tiene, ¿no es peor?
- D. LUCIANO. Ya le tengo advertido, que es costumbre muy arraigada en don Carlos.
- MARÍA. *(Con resolución)*. Pues que se enmiende.
- D. LUCIANO. ¿Y mientras tanto, no le admite?
- MARÍA. Ni pensarlo.
- D. LUCIANO. ¿Y qué va usted a hacer, señora?
- MARÍA. Lo que usted oye, don Luciano.
- D. LUCIANO. ¡Qué matrimonios, Dios mío! ¡Bien supe lo que me hice!
- MARÍA. Usted acertó. En fin, volvamos la hoja.
- D. LUCIANO. Es usted enérgica, imperiosa.
- MARÍA. Querrá usted decir resuelta. Lo que me propongo hago. Mas hablemos de la niña. ¿La ha visto? ¿Le gusta?
- D. LUCIANO. ¡Es un angel!
- MARÍA. ¡Un encanto! La que mitigará mis penas.
- D. LUCIANO. ¡Parece recién nacida!
- MARÍA. ¡Pobre nenal! Hija de padres desnaturalizados.
- D. LUCIANO. Una desgraciada más.
- MARÍA. ¡Desgraciada! Según el caso. Es desgraciada y con suerte, porque aquí se la ha cobijado y desde hoy reconcentraré todo mi cariño en ella. ¡Seré cual si fuera su madre! Y usted será su abuelillo. ¿Le parece?
- D. LUCIANO. Lo que usted mande.

MARÍA. Porque usted aquí, don Luciano, seguirá siendo quien es y ahora con más motivo.

D. LUCIANO. Gracias, gracias. Pero crea usted que me apena.

MARÍA. No hay por qué. ¿No es él el que se ha marchado?

D. LUCIANO. Sí, pero es el caso ..

MARÍA. Nada, nada; ya no hay más que recordarlo. Mañana se bautiza la nena. ¿Qué nombre la pondremos?

D. LUCIANO. Si usted quiere, Marta.

MARÍA. ¡Hombre, sí, muy bonito!

D. LUCIANO. Marta la desconocida.

MARÍA. Y ahora a velar por ella; que ya que su buena suerte la deparó este camino, quizá algún día agradezca la ventura de su sino.

TELON

ACTO SEGUNDO

Jardín en casa de María. En primer término derecha y delante de la fachada de la casa-hotel, banco rústico imitando piedra. Al fondo pequeña plazoleta donde afluyen varios paseos cubiertos por espeso ramaje de arbolado. Es de día.

DON LUCIANO y MARIA

(D. LUCIANO *estará sentado en una butaca de mimbre y dando su derecha a MARIA que estará sentada sobre el banco rústico, leyendo una novela.*)

MARÍA. (*Dejando la lectura*). Me duelen ya los ojos de tanto leer.

D. LUCIANO. Cuando lo toma usted el gusto es incansable.

MARÍA. Así es; y sé que me perjudica mucho fijarme.

D. LUCIANO. Hace tiempo que se lo vengo corrigiendo.

MARÍA. Sí, pero es que me distrae.

D. LUCIANO. Son distracciones que perjudican.

MARÍA. Y si no hago esto, quizá fuera peor.

D. LUCIANO. ¿Por qué?

MARÍA. Porque empiezo a pensar en el pasado y me entristezco.

D. LUCIANO. ¡Pobre doña María!

MARÍA. El único consuelo que tengo es recordar a nuestra pequeña Marta. Hace ya días que no ha contestado a nuestra última carta.

D. LUCIANO. ¡Es que son gentes despreocupadas!

MARÍA. Mañana hace quince años que se la puso en ama.

D. LUCIANO. ¡Quince años!

MARÍA. ¡Quince años, y parece que fué ayer!

D. LUCIANO. Cuando nos vea nos extrañará a todos

MARÍA. Como que casi no nos conoce.

D. LUCIANO. ¡Y cuidado que debe de ser una chica sanota, porque en todo este tiempo no ha tenido un dolor de cabeza!

MARÍA. ¡Hasta en eso, la pobre, ha sido considerada! No he tenido con ella más gasto que el de la crianza.

D. LUCIANO. Ya es hora de que se la trajera usted para acá.

MARÍA. Tal quisiera, pero...

D. LUCIANO. Ya sé lo que me va usted a decir.

MARÍA. Usted sabe que Carlos, cuando se enteró que existía esta niña hizo muy malos juicios de mí.

D. LUCIANO. Sí, ya sé que se dejó decir que usted la había tenido después de la separación.

MARÍA. Eso es.

D. LUCIANO. Pero yo soy testigo de que es una falsedad, y no tolero que la injurie a usted ni el propio don Carlos.

MARÍA. A veces el pensamiento y la mala intención van más allá de la realidad.

D. LUCIANO. Pero la niña dará a todos un mentís. El aire de familia, su fisonomía, y hasta su carácter, podrán desvanecer las dudas y apreciar las distancias que hay entre ustedes y los suyos.

MARÍA. ¡Pobrecilla! ¿Quiénes serán sus padres?

D. LUCIANO. ¡Vaya usted a saber! Algunos seres sin corazón.

MARÍA. ¡Pobre hija mía!

D. LUCIANO. El día que la niña se dé cuenta de su situación y de lo mucho que usted ha hecho por ella, no tendrá con qué pagar a usted sus bondades.

MARÍA. Y a usted, que también se ha interesado.

D. LUCIANO. Yo bien poco he hecho.

MARÍA. Lo bastante con no olvidarla y quererla.

D. LUCIANO. Es que la chiquilla se lo merece.

MARÍA. Sí, es agradecida.

D. LUCIANO. ¿Usted cree que don Carlos si la hubiera tratado no la tendría cariño?

MARÍA. ¡Qué sé yo que decirle! Ese yo creo que no quiere a nadie.

D. LUCIANO. Hace usted unos juicios muy aventurados de su marido, María.

MARÍA. A lo que me tiene acostumbrada.

D. LUCIANO. Pues él ya ha pretendido varias veces reconciliarse con usted.

MARÍA. Sí, pero es inútil.

D. LUCIANO. Quizá venga arrepentido.

MARÍA. Pierde el tiempo.

D. LUCIANO. A los arrepentidos quiere Dios.

MARÍA. Sí, pero yo no lo estoy.

D. LUCIANO. Tenga usted un poco de compasión.

MARÍA. Si no le conociera, tal vez.

D. LUCIANO. Quizá traiga un firme propósito de enmienda.

MARÍA. Tendría que demostrarlo.

D. LUCIANO. Yo intermediaría con gusto.

MARÍA. Eso no.

D. LUCIANO. ¿Por qué?

MARÍA. Porque el que quiere, tiene que buscar, y a veces cuesta trabajo el encontrar.

D. LUCIANO. Si, pero en este caso, se precisa la ayuda de un mediador.

MARÍA. ¡Pero no usted!

D. LUCIANO. ¿Quién, pues?

MARÍA. Otro que no fuera de la casa.

D. LUCIANO. Tenéis razón. Pero mi afán de...

MARÍA. Las acciones y el tiempo son el mejor mediador.

D. LUCIANO. ¿Por lo visto tiene usted el firme propósito de continuar así?

MARÍA. Todo el que se precise, hasta cerciorarme de su arrepentimiento.

D. LUCIANO. De seguro que él ya lo está.

MARÍA. ¿Y usted por qué lo afirma?

D. LUCIANO. Porque supongo que en el tiempo transcurrido habrá comprendido su error.

MARÍA. ¡No sé por qué!

D. LUCIANO. Por las muchas vicisitudes porque ha atravesado.

MARÍA. ¿Está usted enterado?

D. LUCIANO. He seguido paso a paso su vida.

MARÍA. ¿Quiere usted contármela?

D. LUCIANO. Con que sepa usted que todo ha sido una senda de abrojos, basta.

MARIA. No creía él eso cuando se fué.

D. LUCIANO. Cuando se hacen las cosas hijas de una obcecación no se fija uno en sus consecuencias, pero después...

MARIA. ¿Y el talento?

D. LUCIANO. ¡El talento! A veces se nubla.

MARIA. ¿Y el cariño de que tanto se blasona?

D. LUCIANO. Ese no le niego, existe.

MARIA. ¿Usted lo cree?

D. LUCIANO. Lo aseguro.

MARIA. Pues entonces yo no le comprendo. Usted ya sabe que él no fué todo lo correcto que debía.

D. LUCIANO. Extravíos que los hombres tenemos que cuando tratamos de corregirles es tarde.

MARIA. Y si la mujer pensara y obrara lo mismo, ¿ustedes qué dirían?

D. LUCIANO. ¡Oh, mi querida doña María! La mujer que es buena está por muy encima de todo esto su honor.

MARIA. ¡Muy bien; la ley del embudo!

D. LUCIANO. No, señora; la ley de la honradez.

MARIA. ¿Luego usted considera al hombre con más libertad?

D. LUCIANO. Lo que considero es que la mujer buena, en todo momento debe de hacerse respetar, si quiere ser respetada.

MARIA. Y el hombre hacerse respetar a la fuerza, ¿verdad?

D. LUCIANO. ¡El hombre! No me hable usted de ese ser porque no sabría qué decirle.

MARIA. Se conoce usted ¿eh?

D. LUCIANO. ¡Por desgracia! ¿Pero ve usted? Tarde, tarde.

MARIA. En fin, demos por terminada esta conversación. Siento pasos y me molestaría que alguien pudiera sorprendernos.

D. LUCIANO. Sí, dejémosla porque hemos llegado a un punto que yo no podría ya, ni definir, ni aclarar.

MARIA. Vencido ¿eh? Vencido. (*Váse riendo*).

CARLOS. (*Entrando por lateral izquierda*). ¡Bravo amigo Luciano! ¡Bravo! (*Le abraza*).

D. LUCIANO. (*Asombrado*). ¿Tú por aquí?

CARLOS. Escuchándoos vuestra conversación.

D. LUCIANO. ¿Qué te has hecho después de tantos años de ausencia?

CARLOS. Ya ves, acordarme de vosotros y deseando volver a veros.

D. LUCIANO. Habrás visto que yo siempre soy el mismo aunque tú no lo mereces

CARLOS. Nunca he dudado de tu buena amistad. Y a ella ya la he visto inflexible.

D. LUCIANO. Ella ofendida con justa causa.

CARLOS. ¡Hombre!

D. LUCIANO. La razón no tiene más que un camino y ahora y siempre ha sido de ella.

CARLOS. ¿Tú qué sabes?

D. LUCIANO. ¡Hombre! ¿Me quieres hacer tan ignorante que quieras hacerme ver que desconozco tu pasado?

CARLOS. Explicáte mejor.

D. LUCIANO. ¿No lo sabes? Mas... calla. (*Mirando hacia el interior del hotel*). Ella sale

CARLOS. ¿Quieres dejarnos solos?

D. LUCIANO. Si no la ofendes, sí. ¿Me lo prometes?

CARLOS. Prometido.

D. LUCIANO. Bien. (*Váase primer término izquierda*).

MARIA. (*Saliendo*). (*Con asombro*). ¡Caballero!

CARLOS. (*Con zalamería*). ¡Mi querida esposa!

MARIA. ¿Qué os trae por esta casa?

CARLOS. El deseo de veros después de tanto tiempo.

MARIA. (*Con sonrisa fingida*). ¿Qué fuerte os ha entrado?

CARLOS. Cómo que eres mi vida.

MARIA. (*Asombrada*). ¿Desde cuándo?

CARLOS. ¿No lo sabes? Desde que te conocí.

MARIA. Celebro que me lo digas porque no lo sabía.

CARLOS. Pues no debías ignorarlo.

MARIA. ¡Vienes graciosísimo!

CARLOS. Y a tí te encuentro chistosísima.

MARIA. Pues te advierto que me encuentro de muy mal humor,

CARLOS. ¿Sí?

MARIA. ¡Sí!

CARLOS. Lo celebro, así me serás mucho más sincera.

MARIA. (*Con asombro*). ¡Cómo!

CARLOS. Escúchame, María. Es necesario que hablemos. Hace tiempo que buscaba esta ocasión y no podía conseguirla, mas hoy...

MARIA. Sí, veo que has llegado con oportunidad.

CARLOS. Me prometí que de hoy no pasaría, y ya ves, lo he conseguido.

MARIA. Casi lo siento.

CARLOS. Sigues con tu... carácter.

MARIA. No, con el mío no, con el que me hicieron.

CARLOS. ¿Con el que te hicieron?

MARIA. Sí.

CARLOS. No te entiendo.

MARIA. Y puesto que tú lo quieres y yo no temo a esta entrevista, sea, tú dirás, ¿Qué quieres de mí?

CARLOS. ¿Necesitas que te explique por qué he vuelto?

MARIA. No. Acaso necesitaría que me explicases por qué te marchaste; pero tampoco lo quiero.

CARLOS. ¿No quieres?

MARIA. No ¿Tienes algo más que decirme?

CARLOS. ¡María! Yo te ruego...

MARIA. Hace unos años que leiste en mis ojos que te quería y leiste bien, yo no me avergüenzo de ello. Con muy bellas palabras me dijiste que yo era el hada de tus ensueños, que me adorabas con toda tu alma.

CARLOS. Y ya ves como es verdad ¿no ves cómo vuelvo?

MARIA. Déjame acabar. Un buen día sin una razón, sin una disculpa, sólo por tu carácter, te marchastes lejos, muy lejos, sin preocuparte de que yo quedaba sola.

CARLOS. ¡Sola!

MARIA. Sola, sí, y llorando unas lágrimas que me limpiaban para siempre de la mentira de tu cariño, no pensaste en la amarga soledad en que me dejabas.

CARLOS. ¡Pero mujer! ¿No ves que vuelvo?

MARIA ¡Vienes! A decirme otra vez que me quieres, ¿verdad? Te entiendo. ¡Pero ya es tarde!
¡Tarde!

CARLOS. ¿Qué estás diciendo?

MARIA. Mataste la ilusión de aquel tiempo, ya no eres para mí aquel hombre sincero que le dí mi corazón. Ya ves que no lo niego. Te quise, fuiste mi primer amor, el único, el que me hizo soñar... Pero aquel por quien soñaba... Se fué para siempre y no creo que vuelva.

CARLOS. ¿Qué dices?

MARIA. Te estoy agradecida; por ti me he convencido de que el amor es una comedia, un embuste; ante esta resolución mía, yo ya no podré querer jamás. Eso te debo: una gran tranquilidad de espíritu.

CARLOS. ¿Y me guardas rencor?

MARIA. No, no soy rencorosa. Olvido el daño, pero olvido también para siempre al que me lo hizo. Y con esto creo ha terminado nuestra conversación. (*Medio mutis*).

CARLOS. ¡María! (*Suplicando*). (*Ella se vuelve sin frase*). No te vayas. Es necesario que me escuches. ¿Sabes por qué me fui?

MARIA. Calla, no sigas. ¿Qué palabras tuyas pueden desvirtuar los hechos?

CARLOS. Mi sinceridad. Yo sentía junto a ti el más horrible de los desalientos; me sentía pobre, miserable. ¡Tú rica! Y ante este remordimiento terrible, pensando que tú misma pudieras pensarlo...

MARIA. ¿Qué yo pudiera pensarlo?

CARLOS. Sí; el pensamiento es traidor. Sentí la necesidad de tener también dinero, mucho dinero; más que tú y ahogando mis penas y tragándome mis lágrimas, me fui lejos, muy lejos, a reconstruir mi vida para poder ofrecértela, porque te adoraba. Y allá lejos, muy lejos, mientras yo padecía luchando y de ti no se apartaba mi pensamiento..., tú... me eras infiel.

MARIA. ¿Qué dices?

CARLOS. Lo que oyes.

MARIA. *(Acongojada)* ¡Oh no, no, no seas cruel!

CARLOS. Me lo vas a negar, y los hechos ¿no lo estoy viendo?

MARIA. ¿Qué dices? ¿Qué significan esas palabras?

CARLOS. Lo que oyes. ¿Crees que aunque yo venga humillado puedo perdonarte la vil traición que me hiciste?

MARIA. ¿A qué te refieres?

CARLOS. A tu falta.

MARIA. ¿A cuál?

CARLOS. ¿Lo niegas? ¿Y esa hija que has tenido? ¿Dónde está? ¿Por qué tratas de ocultarla? ¿Crees que así tapas tu deshonra? ¡Jamás!

MARIA. ¡Esto más, Dios mío! *(Sollozando se cubre el rostro con ambas manos)*.

CARLOS. ¡Cómo ocultas el rostro de mi vista! ¡Parece que te he herido en lo más sensible de tu corazón! ¡Levanta esa mirada, fija tu vista en la mía, para poder demostrarme que es incierto cuanto digo. *(Pausa)* ¿No lo haces verdad?

MARIA. *(En un arranque de soberbia enjugándose las lágrimas)*. Pues bien, sí, ya me ves. Te miro con odio, pero tranquila ¿Qué más quieres?

CARLOS. Quiero que me demuestres tu inocencia.
¡Lo exijo!

MARIA. ¿Para qué? Si entre los dos existe ya un abismo.

CARLOS. Un abismo donde pretendo quede sepultado todo nuestro pasado.

MARIA. Será el tuyo. ¿Y para eso has venido?

CARLOS. Vine con buen fin, pero al recordar estas cosas que yo quisiera borrar de mi imaginación; cambian mi modo de ser y no puedo frenar mi ira.

MARIA. Pues me extraña ese modo de pensar tuyo. Mi tranquilidad de espíritu puede dar fe de mi inocencia. Mas si yo hubiera enturbiado mi honor con el pasado, nadie más que mi esposo sería el culpable por dejarme en el abandono que me dejó.

CARLOS. ¡Luego!

MARIA. ¿Qué piensas, que llevo razón?

CARLOS. Y esa niña que tienes en casa ¿quién es?

MARIA. Una que enjugó mis lágrimas y alivió mis penas.

CARLOS. ¿Desconocida?

MARIA. Cogida del arroyo la misma noche que me abandonaste.

CARLOS. (*Extrañado*). ¿Qué escucho?

MARIA. (*Observando su extrañeza*). ¿Te extraña?

CARLOS. (*Pensativo*). ¡Mucho!

MARIA.—(*Con malicia*). Parece... que te ha impresionado. (*Pausa*). ¿Qué piensas?

CARLOS. (*Disimulando*). No sé.

MARIA. Como ves ya tienes explicado el misterio, ahora... (*Medio mutis*).

CARLOS. ¿Te vas?

MARIA. (Con resolución). Sí.

CARLOS. ¿No quieres atenderme?

MARIA. ¿Qué más tienes que decirme?

CARLOS. ¿No quieres una reconciliación?

MARIA. Es inútil.

CARLOS. ¿Ni me das una esperanza?

MARIA. ¿Para qué?

CARLOS. ¿Tan malo fui?

MARIA. Y sigues siéndolo.

CARLOS. ¿Lo afirmas?

MARIA. Y tú me lo confirmas.

CARLOS. ¿Cuándo?

MARIA. Hace un momento.

CARLOS. (Haciéndose el distraído). No recuerdo.

MARIA. (Con reproche). ¡Dudar de mí!

CARLOS. ¡Ah!

MARIA. ¿Sigues dudando?

CARLOS. (Titubeando). ¡Qué se yo!

MARIA. Pues ante una duda de esa naturaleza ¿cómo quieres lleguemos a una reconciliación?

CARLOS. No sé. Dame una explicación más completa de cómo te has hecho con la niña y entonces...

MARIA. ¿Para qué?

CARLOS. Porque lo preciso. Me interesa. Lo exijo.
¿Por qué la ocultas?

MARIA. ¡Ocultarla! ¡Yo no! ¡Jamás! No está en casa.

CARLOS. ¡Me vuelves loco!

MARIA. ¡Loco! Hace tiempo que lo estás.

CARLOS. Y me volverás más si sigues en tu mutismo.

MARIA. Un marido que abandona a su mujer, que la ofende y después duda de ella... no merece más que el desprecio.

CARLOS. *(Con indignación)*. ¡María!

MARIA. *(Sollozando)*. El desprecio, sí, el desprecio.

CARLOS. Como quieras, mas a pesar de los reproches que me haces y de las demostraciones de inocencia, no tratas de aclarar este misterio ni de explicar tu conducta.

MARIA. ¿Qué dices?

CARLOS. ¡Tu conducta, sí, tu conducta.

MARIA. Yo no oculto nada que pueda manchar mi honor, ni enturbiar mi conducta; mi conciencia está tranquila y limpia de toda mancha. El delito que me imputas es falso, completamente falso; y sabiendo quién soy, y quien siempre he sido, no trates de hacer creer al vulgo, para mejor sincerarte, que yo he sido mala, porque te podré probar que es falso.

CARLOS. Y si así no es, ¿por qué no te defiendes?

MARIA. ¿Para qué? Si siempre pensarás que es misterio.

CARLOS. Porque veo en tus palabras un enigma que no aclaro.

MARIA. Desconfianza dirás. ¿Qué expansión puede tener con su marido una esposa que cual yo ha sido despreciada y ultrajada?

CARLOS. Repito que no te entiendo. Pero .. ven acá, María. *(Con zalamería tratando de acercarse a ella)*.

MARIA. No te acerques, te lo ruego; no te fies de mi emoción. No te quiero.

CARLOS. ¡María!

MARÍA. Mi voluntad se ha hecho vieja en mí. Seré... qué se yo. Lo que tú quieras. Pero mi resolución es irrevocable. Y ahora oye, piénsalo, puesto que estás enamorado de mí ¡ya ves que yo te creo!, nosotros no podemos vivir bajo el mismo techo.

CARLOS. ¿Qué dices?

MARÍA. Hablo con el caballero. Compréndelo. Ya ves que te he venido escuchando. Siento tener que marcharme, mas no puedo tolerar que nos sorprendan. Sé generoso.

CARLOS. Me iré yo. Entendido ¡Me iré! Volveré a ese pasado vagabundo que detesto; que Dios te perdone si esto es una venganza, tan injusta como innoble!

MARÍA. ¡No eso no!

CARLOS. Sí; podría vengarme en uso de mi perfectísimo derecho, pero no quiero enturbiar ni amargar tu dicha. Me voy ahora mismo. ¿Me das la mano?

MARÍA. No; te quise dar mi vida y tú no la has querido; tú sabrás lo que has hecho. ¡Adios!
(Hacen los dos medio mutis y al tratar de lanzarse los dos fuera de escena quedan mirándose, cuando los sorprenden Ponciana, Pirulo y Marta.)

PIRULO. *(Entrando)*. ¡Mu güenas tenga ustedé, señorita!

PONCIANA. *(Llevando de la mano a Marta)*. Mu güenas.

PIRULO. *(A Marta)*. ¿Y tú no saludas? Saluda chiquia. ¡Mu güenas!

MARÍA. ¿Pero es esta mi niña?

PONCIANA. ¡Así paice! ¡Está avergonzá! ¡Como no sale del pueblo!

MARÍA. ¡Es claro! ¿No me saludas? ¿Ni me besas?

PIRULO. ¡Bésala! ¡Si es tu mamá! ¿Te avergüenzas?

MARÍA. (*Dándola un beso*). Así ¿Y cómo tú por aquí?

PONCIANA. Pos verá usted. Como mañana hace años que me la llevé a mi casa... pos mi hombre que es éste, va y me dice: Mira chica, amos a llevarla pa que pase el día allí.

PIRULO. Y aquí estamos.

MARÍA. ¡Muy bien! Ya tenía yo ganas de tenerla aquí conmigo.

PIRULO. Pero... ¿pa quearse con ella?

MARÍA. Veremos.

PONCIANA. (*A Pirulo*). ¿Ves tú?

MARÍA. (*A Carlos*). Más a tiempo no pudo venir. ¡Ya la conoces! ¿Qué te parece?

CARLOS. ¿A mí? Nada.

PIRULO. ¿No la conocía el señor?

CARLOS. No, señor.

PIRULO. (*A Carlos*). ¡Anda, anda! ¡Es la cara de su madre, no hay más que vela!

CARLOS. (*Con asombro*). ¡Su madre!

PIRULO. ¡Su madre! ¡Mia que gracia! ¡Y que no pue negarlo! ¡Es su ritrato! ¡Y más salá... que el balcalao antes de echarle en agua! To, toito como la madre! ¿Verdá chica?

PONCIANA. ¡Habla algo! ¡Tanto como charlas siempre. ¿Dónde has dejado la lengua?

MARTA. ¡Miala!

MARIA. ¡Qué graciosa!

PONCIANA. ¿Qué la paice? ¿La gusta? Me paice que mejor cuidá... no está ni en Palacio Rial.

MARIA. (*A Ponciana*). Pero va a haber que cepillarla.

PONCIANA. (*Con asombro e ignorancia*). ¿Cómo?

MARIA. Que hay que llevarla al colegio.

PONCIANA. Eso... como usted quiera. Ella viene educadita. Educá a nuestro modo ¿eh?

PIRULO. ¡Pero buena! Ya mi apuesto que no hay quien la iguale. (*A Carlos*). ¡Como su madre! ¡Que es más buena! (*A Marta*). Dí algo.

MARTA. No me dá la gana.

MARIA. ¡Pero... niña!

CARLOS. ¡Educadita a su modo!

MARIA. ¿Quieres quedarte aquí?

MARTA. Pero sin éste. (*Por Carlos*).

CARLOS. Sí rica, yo me marchó.

MARTA. (*A Carlos*). ¿Por qué me mira usted así? Tiene usted mu mala cara.

PIRULO. ¿Tú qué sabes?

MARTA. Pos, si no me quita ojo. ¡Me espanta!

MARIA. ¡Miral Mira la niña y creíamos que no hablaba.

MARTA. Hablo cuando se me antoja.

PONCIANA. Y que cuando ella habla... son sentencias sus palabras.

CARLOS. En fin, me retiro. Ya vendré en otra ocasión en que esté mejor educadita... (*Con picardía*) vuestra hija. Señores, hasta otra vista. (*Váse*).

PIRULO. Vaya con Dios, señorito.

MARTA. Y que para cuando vuelva me mire con mejor cara.

PIRULO. ¡Qué graciosa!

MARIA. ¡Pero niña!

PIRULO. Le advierto a la señorita que yo no quería icir nada, pero el señor... no me gusta. ¡Me echaba cada mirada!

MARIA. Es su carácter.

PONCIANA. ¿Y se puede saber quién es?

MARIA. ¡Mi marido!

PIRULO. ¡Cómo! ¿Es padre de Marta?

MARÍA. (*Aparte*) ¡Jesús! ¿Qué digo? ¡Qué se yo! (*Con decisión*). Sí, el padre de Marta.

PIRULO. Pos bien poco ha demostraó querer a la chica. ¡Casi no la ha dicho nada! ¡Amos, que si mía es, me la como! ¡Con lo que es de resalada!

MARIA. Si es que apenas la conoce. ¡No vé que hace años que él tampoco está en casa!

PONCIANA. ¡Qué maridos!

PIRULO. Igual que yo y tú ¿verdad?

PONCIANA. ¡Igualito! Este, pa quearme sola, tengo que echarle de casa.

PIRULO. Pa eso me casé ¡ridiez!, para estar con mi mujer.

MARÍA. ¡Con quien mejor!

PIRULO. ¡Me paice! Y al que le pese que rabie.

MARÍA. (*Fijándose en primer término derecho*).
Por allí viene don Luciano.

PIRULO. ¿Por aonde?

MARÍA. Por allí.

PIRULO. Y que es verdad. Mira, chiquia, tu abuelico.

MARTA. ¿A ver?

PONCIANA. Ese señorito viejo. ¿No lo ves?

D. LUCIANO. (*Entrando*). ¡Pero... cómo! ¿Está aquí la pequeña?

MARÍA. Aquí la tiene.

D. LUCIANO. ¡Chiquilla!

MARTA. (*Dirigiéndose a él*). ¡Abuelito! (*Le abraza*). (*A parte*). Este... tiene mejor cara.

D. LUCIANO. ¡Qué bonita! ¡Y qué hermosa! ¡El orgullo de esta casa!

MARÍA. Pero va a haber que educarla.

D. LUCIANO. ¿Viene en toscó?

MARTA. Vengo en burro.

D. LUCIANO. ¡Ya, ya!

MARTA. Y vengo la mar de cansada.

PONCIANA. Como en casa no hace ná.

MARTA. ¿Que no hago? Trebajar. Partir leña, ir por agua. Si esto no es trabajar, ¿qué es entonces?

PIRULO. ¡Amos, anda!

D. LUCIANO. ¿Qué, vienes dispuesta a quedarte con nosotros?

MARTA. Lo que ustés quieran. ¿Y éstos? (*Por Pirulo y Ponciano*).

D. LUCIANO. Mamita, como la llamas, es muy buena. Te pondrá guapa. Te comprará juguetes y... ¿Qué te parece?

MARTA. Que tengo unas ganas locas de ver tó eso.

MARÍA. Y aprenderás a leer, escribir y cuentas.

MARTA. Cuentas ya sé.

MARÍA. ¿Sí?

MARTA. Y cuentos.

MARÍA. Eso es lo que menos me gusta.

MARTA. Pos lo que más he aprendido.

PONCIANA. Pa educarla.

MARÍA. Bueno; todo eso ha terminado. Ahora, a aprender otras cosas.

MARTA. ¿Aquí en casa?

MARÍA. O en el colegio. Veremos.

MARTA. ¡Qué gusto!

MARÍA. Ahora que te den un bañito y que te cambien de traje.

MARTA. ¡Qué guapa me vais a ver!

PIRULO. ¡Salá!

MARÍA. (*A Pirulo y Ponciana*). Ya sabeis, la niña se queda aquí. Ya no sale de esta casa.

PONCIANA. Pero...

MARÍA. Nada, nada. Ahora id dentro y que la laven y la vistan.

PONCIANA. Está bien. (*Vánse Pirulo, Ponciana y Marta al interior del hotel*).

MARÍA. Ponga usted a educar chiquillos en esta gente.

D. LUCIANO. No crea que es a mala fe. Lo hacen ingénuamente.

MARÍA. Se comprende; pero me la traen cerril.

D. LUCIANO. Ya notará la diferencia.

MARÍA. Seguro.

CARMELA. (*Saliendo*). ¡Señora! Una señora enlutada desea veros.

MARÍA. Que pase.

D. LUCIANO. ¿Quién será?

MARÍA. Alguna otra desgraciada.

D. LUCIANO. No se puede ser muchas veces caritativa.

MARIA. La caridad siempre es buena.

BERTA. (*Saliendo*). ¡Señora! Perdome que yo me atreva a molestar su atención.

MARIA. No es molestia. ¿Qué desea?

BERTA. Yo soy una desgraciada.

MARIA. ¡Lo siento!

D. LUCIANO. ¿No lo dije?

BERTA. Un hombre me abandonó, dejándome en la miseria y desde entonces me veo precisada a vivir de mi trabajo.

D. LUCIANO. (*Aparte*). ¡Esta cara!

MARIA. ¿Y qué quiere?

BERTA. Que me ampare.

MARIA. ¿Y cómo?

BERTA. Dándome ocupación en su casa.

MARIA. ¿Y de qué?

BERTA. La que usted comprenda que puedo ser útil. Sé que sois caritativa.

MARIA. Bien; yo me enteraré y procuraré atenderla.

BERTA. Dios se lo pague, señora.

D. LUCIANO. (*Aparte*). ¡Sí! ¡Sí! ¡Parece ella!

BERTA. Ya sabía yo por referencias que sois un ángel.

MARIA. Me falta mucho. (*Pausa*). En fin, ya siento pena que se vaya usted de aquí. Tiene usted cara de buena y voy a ver ahora mismo si la aplico para algo.

BERTA. ¡Oh, mil gracias!

MARIA. Ahora vuelvo. (*Váase*).

BERTA. ¡Qué buena sois!

D. LUCIANO. Yo quisiera conocerlos; vuestra cara la he visto en alguna parte.

BERTA. No es extraño. Pero yo no soy quien antes
fui. ¡Soy una sombra!

D. LUCIANO. Sí, sí.

BERTA. ¿Me recordáis?

D. LUCIANO. Qué se yo.

BERTA. Yo tampoco os extraño; y es más, hasta
os conozco.

D. LUCIANO.. ¿A mí?

BERTA. Sí, don Luciano.

D. LUCIANO. ¿Sabeis mi nombre?

BERTA. Y vuestra historia.

D. LUCIANO. ¿Luego sois?

BERTA. Berta.

D. LUCIANO. ¡Berta!

BERTA. Sí.

D. LUCIANO. Callad, pues.

BERTA. ¿Cómo?

D. LUCIANO. Callad, que este sitio está sagrado y
no podemos hablar.

BERTA. Pues... deseo preguntaros.

D. LUCIANO. En otra ocasión.

MARIA. (*Saliendo*). ¡Bien! Ya está todo arreglado.
Se queda usted con nosotros, al cuidado de una
nena. ¿Le gustan los niños?

BERTA. ¡Mi encanto!

D. LUCIANO. ¡Buena idea!

MARIA. Y en cuanto a salario...

BERTA. Lo que guste.

MARIA. Está bien. Entre usted y don Luciano, que
es el señor, seréis su guía. (*Entrando Marta*).
La niña.

BERTA. Muy mona.

D. LUCIANO. ¿Verdá que sí?

BERTA. Un encanto.

MARIA. Ahora, que como ha estado en el pueblo, se trae algunos resabios que es preciso corregir.

BERTA. Señora, de eso me encargó yo.

MARIA. Pero... con dulzura y halago.

BERTA. ¿Y se llama?

MARIA. Marta.

BERTA. Bonito nombre.

MARIA. ¿Le gusta?

BERTA. Como mi madre.

D. LUCIANO. ¡Su madre!

BERTA. Yo tuve también una hija, que si la hubiera criado, Marta su nombre sería.

MARIA. (*Con interés*). ¿Y qué fué de ella?

BERTA. No sé; dicen que murió.

MARIA. ¿Cómo; lo ignoráis?

BERTA. Su padre, ¡hombre malvado!, me la quitó de los brazos.

MARIA. (*Sospechando*). ¿Y sabéis su paradero?

BERTA. No sé.

MARIA. (*Ensimismada*). ¡Qué idea!

BERTA. Por eso me entusiasma al ver una madre buena, que acaricia en su regazo al fruto de sus entrañas.

D. LUCIANO. (*Desvirtuando la conversación*). ¡Va! ¡Va! Dejémonos de esta historia.

MARIA. Sí, mas...

BERTA. (*Extrañada hablando como consigo misma*). ¡Madre! ¡Quién pudiera escucharlo! (*Pausa*). (*A Marta*). ¡Os envidio! ¡Sois feliz! ¡Madre! ¡Madre! ¡Nombre santo!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración que al principio de la obra. Es de día.

D. Luciano estará sentado junto a la chimenea, que estará encendida. Los años han hecho bastante huella en su salud y hará todos los movimientos con alguna dificultad. Tendrá un periódico en las manos, que a la par que le lee, queda sumido en un sopor soñoliento del que despertará al escuchar algo de la conversación que le interese.

Berta estará junto a la mesa camilla haciendo labores propias de su sexo y María distraída en ordenar un ramo de flores artificiales que habrá sobre la mesa camilla.

MARTA. ¿Te gustan como han quedado?

BERTA. Están bien.

MARTA. Habían quedado mustias.

BERTA. ¡Pero niña! ¿Artificiales, mustias?

MARTA. ¿Por qué no? ¿O es que crees que no pueden llegar a estropearse?

BERTA. Claro que sí.

MARTA. ¡Entonces! (*Pausa*). ¿A que no sabes qué voy a hacer?

BERTA. Tú dirás.

MARTA. Perfumarlas, para hacerme la ilusión de que son naturales.

BERTA. ¡Siempre ideando algo!

MARTA. Como ves, todo inocente.

BERTA. En eso llevas razón. ¡Que siempre sea así!

MARTA. Porque esta vida no siempre es lo mismo.

MARTA. Qué trágica eres.

BERTA. Y tú qué infeliz.

MARTA. Me das miedo.

BERTA. No sé por qué.

MARTA. Por tu modo de pensar. Ya tú ves que yo no tengo por qué quejarme.

BERTA. Ya lo sé.

MARTA. ¡Soy feliz! ¡Estoy rodeada de cariño! ¡Vivís los que yo más quiero! ¿Qué más puedo apetecer?

BERTA. Que te duren muchos años.

MARTA. Así lo pido.

BERTA. ¡Dichosa edad la tuya!

MARTA. Ya tú ves; el más viejecito es el abuelo y mira qué tranquilo está.

BERTA. Dichosa edad la suya. ¡Durmiendo! Otra vez niño.

D. LUCIANO (*Volviendo en sí*). ¿Qué habláis?

MARTA. (*Dirigiéndose a don Luciano*). ¿Estás despierto?

D. LUCIANO. Y escuchándoos.

BERTA. La verdad es que estos días de invierno, fríos y mustios, invitan a dormir.

MARTA. A mí me aburren.

D. LUCIANO. ¿A ti con tus veinte primaveras?

MARTA. ¿Qué tiene que ver eso?

D. LUCIANO. Yo, a tus años, todo me era vida, alegría.

MARTA. ¿Todo?

D. LUCIANO. ¡Todo! ¿Qué dirías tú si te encontraras con mi edad?

MARTA. Un mal hallazgo, abuelito.

D. LUCIANO. En mí está justificado el hastío. ¡Todo me aburre!

MARTA. ¿Todo?

D. LUCIANO. ¡Todo!

MARTA. ¿También yo?

D. LUCIANO. ¡Mujer! ¡Tú no!

MARTA. Por eso; ya me habías disgustado.

D. LUCIANO. ¡Mimosilla!

MARTA. (*Abrazándole*). ¡Abuelito!

D. LUCIANO. Ya sabes tú, chiquilla, que en esta casa eres nuestro cariño.

MARTA. Y vosotros el mío.

D. LUCIANO. Sin olvidar a mamáita ¿eh?

MARTA. ¡Mamáita! ¡Mamáita es un ángel! ¡Está sobre todo!

D. LUCIANO. Y que lo digas.

MARTA. Voy ahora mismo a hacerla un cariño.

D. LUCIANO. ¡Bien lo merece!

MARTA. Voy corriendo. Adios, abuelo. (*Acariciándole*). ¡Abuelito!

D. LUCIANO. Anda con Dios, ¡picarona! (*La devuelve la caricia*). (*Váse Marta*).

BERTA. (*Hablando consigo misma*). ¡Dios mío! ¡Dios mío!

D. LUCIANO. Sigue siendo tan chiquilla.

BERTA. Por ella no pasa el tiempo.

D. LUCIANO. ¡Es un ángel!

BERTA. Diferencia a como vino.

D. LUCIANO. Siempre fué docil.

BERTA. Eso sí. Y temerosa.

D. LUCIANO. Algún pescozón le habrá valido de aquellos burdos.

BERTA. Y nunca de ello se quejó.

D. LUCIANO. Su bondad la hizo perdonar y olvidar.

BERTA. Una cosa que yo no sé hacer.

D. LUCIANO. Serás rencorosa.

BERTA. No; me refiero a que usted me debe una explicación hace tiempo.

D. LUCIANO. ¿Yo?

BERTA. Sí; desde el mismo día que vinimos a esta casa la niña y yo.

D. LUCIANO. ¡Sí que lo hace...!

BERTA. ¡Cinco años! ¡Y cumplidos! ¿No se acuerda?

D. LUCIANO. (*Haciendo memoria*). ¡Ah, sí!

BERTA. Muchas veces he tenido intención de preguntárselo, pero no me he atrevido.

D. LUCIANO. Has hecho bien; tal vez me hubiese negado.

BERTA. ¿Por qué?

D. LUCIANO. Si te he de ser franco porque no sé qué decirte.

BERTA. (*Extrañada*). ¿No?

D. LUCIANO. Claro que no.

BERTA. (*Aparte*). ¡Si yo me atreviera!

D. LUCIANO. ¿Qué piensas?

BERTA. (*Volviendo de su abstraimiento*). No sé.

D. LUCIANO. ¿Cómo?

BERTA. Que no sé cómo empezar a decírselo.

D. LUCIANO. ¡Ves cómo tú misma no sabes lo que quieres! ¿Cómo voy yo a responderte?

BERTA. ¡Tiene usted razón! Y por esta misma causa he sufrido tantas desazones... que mi vida está llena de amarguras. Y así van pasando los

años sin llegar a averiguar lo que a esta casa me trajo.

D. LUCIANO. Luego tú viniste aquí con algún fin ¿no es eso?

BERTA. Sí; pero no precisamente a la casa.

D. LUCIANO. (*Más extrañado*). ¿No?

BERTA. No. Venía tras de usted que era a quien yo necesitaba.

D. LUCIANO. (*Extrañadísimo*). ¿Tras de mí?

BERTA. (*Sonriendo ante el asombro de don Luciano*). ¡Sí!

D. LUCIANO. (*Interesán/ole*). Habla pues. Tu mutismo ya me tiene intrigado; sé más concisa; explícate.

BERTA. ¿Y Carlos?

D. LUCIANO. (*Sorprendido*). ¿A qué Carlos te refieres?

BERTA. ¿A quién va a ser? ¡A su amigo!

D. LUCIANO. (*Tratando de reprenderla*). ¡A don Carlos, dirás!

BERTA. Sí; a don Carlos, como usted dice.

D. LUCIANO. Ya te voy comprendiendo.

BERTA. Sabe usted por qué lo pregunto ¿verdad?

D. LUCIANO. ¡Me lo figuro! No lo sé. No le he visto hace tiempo.

BERTA. Tanto como el que yo estoy aquí. ¡Cómo había de venir sabiendo que yo estoy aquí!

D. LUCIANO. ¡Me intrigas!

BERTA. Lo que usted oye. Hace ya mucho tiempo, tiene una deuda conmigo.

D. LUCIANO. ¿Una deuda?

BERTA. De índole tan delicada que horroriza pensarlo; un asunto gravísimo.

D. LUCIANO.. (*Admirado*). ¿Qué dices?

BERTA. Ese... don Carlos, vuestro amigo, me brindó un cariño falso. ¡Falso, sí! Indigno, que al principio yo creí, y con promesas y halagos, que ninguna vez cumplió...

D. LUCIANO. Sé lo que vas a decirme: tuvisteis aquella hija.

BERTA. ¡Justo! Una hija que era toda mi ilusión. Más una noche tenebrosa, que no olvidaré jamás, y que en mi alma se grabó, de mis brazos la arrancó, para no volverla a ver.

D. LUCIANO. ¿Dónde se la llevó?

BERTA. Me dijo que a ponerla en ama.

D. LUCIANO. Sería verdad.

BERTA. (*En tono de desesperación*). ¡No! ¡No! Porque desde aquella noche no la volví ya a ver.

D. LUCIANO. ¿Y a él?

BERTA. Tampoco.

D. LUCIANO. ¿Es posible?

BERTA. Lo que oís. (*Llora*)

MARTA. (*Entrando*). ¡Abuelito! (*Sorprendida ante el abatimiento de los dos*). ¿De qué hablábais? (*A Berta*). ¿Por qué lloras? ¡Estais tristes! ¿Regañábais? ¿Qué ha pasado?

D. LUCIANO. No, tontuela. (*A Berta*) ¿Verdad que no?

BERTA. Recordábamos otros tiempos.

MARTA. Nada buenos, por lo que se vé.

BERTA. ¡Qué se yo! ¡De todo, hija mía, de todo.

MARTA. Pues mira, eso no me gusta, me molesta;

así no os quiero ver. ¿No estoy aquí yo para endulzaros las penas? ¿Quién os quiere? ¿Quién es vuestra? ¿Luego entonces?

BERTA. (*Enjugándose las lágrimas*). ¡Bendita seas!

MARTA. ¿O es que queréis que me enfade?

BERTA. No, hija mía, no.

MARTA. Es que yo también sé enfadarme.

BERTA. (*Mimosa*). No nos riñas.

MARTA. ¡Yo no! Pero me disgusta veros tristes. Un beso a los dos y ánimo. ¡Vaya! (*Los besa*) ¡Estos niños! Mamá te llama, abuelito; dice que en su habitación te espera.

D. LUCIANO. ¿Qué quiere?

MARTA. Creo que hay un señor que pretende le recibas.

D. LUCIANO. ¿Un señor?

MARTA. Sí; uno que ella no quiere ver.

D. LUCIANO. (*Aparte*). ¿Será él?

BERTA. (*Aparte también, con asombro*). ¡Será...!

D. LUCIANO. Allá voy.

MARTA. ¿Quieres mi brazo? ¿Te acompaño?

D. LUCIANO. (*Incorporándose con algún trabajo*). Como gustes. (*Pausa*). Sí, ven en mi ayuda, será mejor. (*Le da el brazo y vándose*). Adios, Berta.

BERTA. Adios, hija. (*Aparte*). ¡Oh, qué ideal! ¡Si fuera no respondo! ¿Quién será? Qué se yo, mas los nervios se me crispan y me salta el corazón, de sólo hacerme la idea de que fuera él. (*Pausa*). Daño no trato de hacerle. ¡Eso no! Pero sí he de obligarle y he de poner gran tesón en que me diga qué hizo de ella. ¡De mi hija!

CARLOS. (*Desde la puerta del foro centro. Vendrá bastante deteriorado y en su rostro se notará el sufrimiento*). ¿Se puede?

BERTA. (*Sorprendida*). ¡Jesús! ¡Un hombre! ¡Y es él! ¡Sí! ¡El! ¡Y cómo viene! (*Se cubre el rostro con ambas manos*).

CARLOS. (*Entra en escena distraído contemplando la habitación y los muebles*). ¡Mi casa! ¡Mi habitación! ¡Mis muebles! ¡Aquí está todo! ¡Todo! ¡Con qué gusto yo os contemplo, muebles que fuisteis testigos de tanta equivocación! ¿Por qué os abandonaría? ¿Por qué? (*Reparando en Berto*), ¿Mas qué veo? ¡Señora!

BERTA. (*Haciéndose la distraída*). ¿Qué? ¿Qué? ¿Quién llama?

CARLOS (*Ensimismado*). Pero... ¿qué veo? ¿Sois...? ¡Sois... Berta!

BERTA. ¿Me has conocido? No me esperabas aquí ¿eh?

CARLOS. Ciertamente que no.

BERTA. Quizá sea tu sombra.

CARLOS. No, no; mi sombra nunca lo has sido; lo que eres es mi preocupación.

BERTA. (*Con asombro*). ¿Cómo?

CARLOS. Sí, mi preocupación constante.

BERTA. Y la mía tú.

CARLOS. Lo comprendo.

BERTA. Eso te probará el mucho daño que has hecho.

CARLOS. No me lo eches en cara.

BERTA. Yo no, pero tu conciencia no te dejará tranquilo

CARLOS. Perdóname, Berta.

BERTA. ¡Miserable! Eres un infame; el oprobio y baldón de todos los tuyos.

CARLOS. No digas eso.

BERTA. ¡Que no diga!

CARLOS. ¡Calla, calla!

BERTA. ¡No! No callo. Y si celebro haberte encontrado, es para que sin demora me des una explicación de lo que con mi hija hiciste ¿Qué has hecho de ella, dí?

CARLOS. (*Haciendo como que pasa por su mente una idea siniestra*), ¡Tu hija!

BERTA. ¡Mi hija! ¿Te extraña la pregunta? ¿Te molesta? Te pido mi hija. ¿O es que crees que la he olvidado? ¡Mi hija! ¿Dónde está?

CARLOS. Berta, por Dios, te suplico...

BERTA. ¿Qué?

CARLOS. Que calles; no es esta la ocasión de...

BERTA. No puedo, me la devuelves y... callaré. Pero mientras no sea así...

CARLOS. ¿Qué?

BERTA. Que me oírás. Ya sabes que era mi ilusión, mi cariño, en quien cifraba mi dicha; así que devuélvemela y evitarás el escándalo.

CARLOS. ¡Canalla!

BERTA. (*Exallada*) ¡No! ¡No!

CARLOS. ¿Que no?

BERTA. ¡No!

CARLOS. (*Con abatimiento*). Respeta esta casa; fíjate en mi situación, no me martirices, que después yo te daré...

BERTA. ¿A quién? ¿A mi hija?

CARLOS. (*Con pesadumbre*). A tu hija no, pero sí una explicación de lo que con ella hice. ¡Hazlo! ¡Por su memoria! ¡Por mí!

BERTA. Por ella hago todo, pero por ti... ¿Qué tengo yo que ver contigo?

CARLOS. Ten compasión.

BERTA. (*Con risa sarcástica*). ¿Te preocupaste tú de mí entonces?

CARLOS. ¡Qué martirio!

BERTA. Hay una herida muy honda, dentro de mi alma, que no se cura mientras el daño subsista.

CARLOS. Lo comprendo y te suplico esperes; que me otorgues el perdón...

BERTA. ¿Perdonarte?

CARLOS. (*Con compasión*). ¡Sí, sí!

BERTA. Después.

CARLOS. Eres inhumana.

BERTA. ¿Y tú? Tu silencio me ahoga, me hace sufrir. ¡Me enloquece!

CARLOS. ¿Qué dices?

BERTA. Lo que oyes. Y no te respondo si sigues con tu mutismo. (*Carlos queda ensimismado*). ¿Me oyes?

CARLOS. (*Volviendo en sí*). Te oigo.

BERTA. Habla pues.

CARLOS. Pero...

BERTA. ¿Qué?

CARLOS. Que me obligas a un imposible. Que tu imposición me ahoga. ¡Que me matas! (*Déjase caer sobre el sillón que ocupaba don Luciano al principio del acto*). ¡Me matas!

BERTA. Qué bien finges. ¡Cobardel

CARLOS. ¡No! (*Enloquecido*). Escúchame.

BERTA. (*Con sangre fría*). Eso quiero: que hables.

CARLOS. (*Haciendo supremos esfuerzos*). Tu presencia inesperada me ha producido tal impresión que no me dá alientos para empezar.

BERTA. (*Con más sangre fría*). Di que no has tenido ocasión de inventar una novelita que te salve.

CARLOS. ¡Qué cosas dices, por Dios! Deja que se calme mi espíritu dolorido y seré tuyo.

BERTA. ¿Mío? ¡No! ¡No! Además, tú crees que yo creo en la comedia que estás fingiendo. ¡No! Esto yo lo calificaría de miedo o temor. Cuando cometiste el daño no te condolías de nada y ahora ante mi presencia inesperada, ante tu angustiada situación, finges un dolor que no creo y eso no es de hombres, es de cobardes.

CARLOS. No me maltrates, Berta. Eso no te lo tolero; fijate en mí y verás que no soy aquel a quien conociste en otros tiempos de ventura; que sólo soy una sombra que llega aquí

BERTA. ¿Y a qué?

CARLOS. Qué se yo; quizá a morir. ¡A morir, entre los míos! Entre los que quizá me odien, pero que los considero míos. Y ya ves, Dios ha querido que entre ellos estes tú. ¡Tú, que en algún tiempo fuiste...

BERTA. Nada, nada; no me lo recuerdes que me horroriza. No fui nada. No trates de recordarlo.

CARLOS. ¿Te niegas?

BERTA. ¿Cómo no, si tuya ha sido la culpa?

CARLOS. ¡La culpa.

BERTA. Claro que la culpa ¿Es que olvidas tu cri-

men? ¿Niegas tu pasado? ¿No recuerdas tu error?

CARLOS. ¡Mi crimen! ¡Mi pasado! ¿Qué dices? ¿Desvarías?

BERTA. Tu crimen, sí; y mientras no me demuestres lo contrario... yo así lo califico. Si por esto me tachas de loca... (*Desesperado*). ¡Loca soy! ¡Loca, pero nadie más que tú es culpable de mi locura! Mi tranquilidad de espíritu, mi corazón y mi vida, todo era de mi hija. Te la llevaste tú ¿cómo he de calificarte? ¿Dónde la has puesto?

CARLOS. ¿No lo sabes?

BERTA. (*Admirándose*). ¿Que lo sé dices? Pero... ¿estás en tu juicio? ¿Lo dices tú? ¿Así me respondes? ¡Oh! (*Medio mutis*)

CARLOS. (*Tratando de incorporarse*). ¿Dónde vas?

BERTA. Qué sé yo; donde no te vea, ¡monstruo! (*Solloza*).

CARLOS. Escúchame, Berta; escúchame, por caridad. (*Trata de levantarse pero sus decaídas fuerzas se lo impiden*). ¡Oye!

BERTA. No me toques.

CARLOS. Escúchame.

BERTA. (*Desesperada*) ¡No!

CARLOS. (*Haciendo un supremo esfuerzo*). Pues...sí.

BERTA. (*Imponiéndose*). He dicho que no.

CARLOS. Te lo exijo, me impongo.

BERTA. (*Sorprendido*). ¿Amenazas?

CARLOS. No. Pero si me obligas... me impondré.

MARÍA. (*Entrando*). ¿Qué es esto? ¿Qué voces son éstas? ¿Qué pasa? ¡Perro...! (*Fijándose en Carlos*). Pero... ¿eres tú? ¿Os conocíais?

BERTA. Por mi desgracia.

MARIA. ¡Bien! ¡Bien!

CARLOS. ¡Esposa mía!

MARIA. ¿Y cómo tú por aquí? ¿A qué has venido?

CARLOS. No lo sé, mas si te estorbo...

MARIA. (*Fijándose en él*). ¡Lucido vienes! ¡Mal te ha ido en tus empresas!

CARLOS. No me martirices. Tú tampoco tuviste de mí compasión.

MARIA. ¿Y qué hablábais tan sofocados?

BERTA. Perdone que yo no diga, que lo diga él.

CARLOS. ¡Yo!

BERTA. Sí, tú; digo, usted.

MARIA. Es igual; ya escuché desde esa habitación y ví que os tratábais con alguna intimididad.

CARLOS. ¿Luego tú has oído..?

MARIA. Todo, todo. (*A Berta*). Y por ello he comprendido, que éste es el hombre de quien me hablábais y por quien tanto habeis padecido.

BERTA. ¡Este, sí, señora, éste!

MARIA. ¿Y por quien estuvistes presa?

BERTA. Sí, señora.

CARLOS. (*Sorprendido*). ¿En la cárcel tú?

BERTA. Sí, en la cárcel. ¿Te extraña?

CARLOS. ¡Santo Dios! ¡Qué escuchol

BERTA. Comprendo, señora, lo mal que me juzgaréis, pero yo os ruego os hagais cargo de mi situación. Ya no os debo de ocultar nada. Le conocí cuando mi vida tuvo una época de desenfreno y libertinaje. Y aquí vine yo ignorando el parentesco que os unía, pues sólo venía tras de don Luciano, que sé era su amigo y con la

sola intención de averiguar dónde estaba el hombre que me robó mi dicha. Como comprenderéis me era preciso. No por él, porque le odio, sino por ella. ¡Por aquella hija que él me quitó!

MARÍA. Muy bonito, muy bonito. Nada de ello me sorprende; hace tiempo le conozco y...

CARLOS. ¡También tú!

MARÍA. Te disgusta sea tan clara ¿no es así?

CARLOS. No me culpes a mí solo, culpate también tú.

MARÍA. ¿Yo?

CARLOS. Sí; que quizá hayas sido el origen de mis extravíos.

MARÍA. No está mal.

CARLOS. Ya sabes que siempre he venido implorando tu perdón, humillándome, dispuesto a regenerarme y en cambio tú, no me has escuchado, no has querido. ¡Qué desgracia!

MARÍA. Porque comprendía que todo era una farsa y como aquella humillación no era hija de un verdadero arrepentimiento, yo no podía prestar oído a falsedades que después habían de enturbiar más mi tranquilidad; además cada vez que venías, tú me ofendías, me achacabas una falta que nunca cometí, que mancillaba mi honor. ¡Y quién sabe si aquellas frases que tú vertías, que tanto me molestaban y que solo servían para herirme, hoy sean motivo de un agradecimiento perpetuo; aquellos momentos de angustia que yo pasaba al escucharte, hoy me sirven de lenitivo; me imagino han

de ser para alguien un bálsamo de consuelo y dicha, una obra de caridad que hice, que ha de reportar una tranquilidad de espíritu para ti y una agradable sorpresa para el que sufre por tu culpa.

BERTA. (*Sorprendida ante lo expresado y tratando de comprenderla*). ¡Qué buena sois, señora! ¡Qué buena sois, angel mío, angel mío!

MARIA. Todo en esta vida tiene su compensación. El que hace daño tiene su castigo. (*A Carlos*). Eso te pasa a ti. Y tú, Berta, no sufras. En otros tiempos me ofendiste, mas te perdono. Enjuga tus lágrimas. No llores; regocíjate, que tal vez desde hoy empiece para ti la felicidad que anñas.

BERTA. ¿Qué decís? ¿Pero cómo me la habeis de proporcionar, si ignoráis los hechos?

MARIA. ¿Por qué?

BERTA. Porque el hombre que por marido tiene, calla, y como es el único enterado que pudiera hablar...

MARIA. Hablará; yo se lo pido; mas si es preciso también se lo suplico. (*A Carlos*). ¿Hablarás?

CARLOS. Sí, María, sí.

MARIA. ¿Ves?

BERTA. ¡Qué buena sois!

MARIA. (*A Carlos*). Explicate.

CARLOS. Escuchad. No sé qué me ocurre... De la tristeza de mi derrota, de mi debilidad de enfermo, nace en mí, cual brillante aurora, una alegría. Los males vuelven niños a los hombres y hay momentos, como éste, en que me es dul-

ce sufrir. Me siento morir, pero antes, por favor, escuchadme. Es mi confesión sincera. La niña no sé qué fué de ella, la abandone en un momento de locura; desde entonces tanto he sufrido, que mi alma está contristada. Yo os pido perdón; comprendo mi falta; comprendo lo que he sido; muy malo, y siento llegara este fatal momento. Muchas veces he intentado regenerarme, dominarme humillándome y, cuanto más lo intentaba, más he caído en el torbellino. Nada calma mi desasosiego, el remordimiento me mortifica y siempre que he intentado veros, una convulsión interna me ha hecho sufrir. ¿Qué más puedo deciros? ¿Qué queréis de mí? Preguntadme y os responderé; os he hecho una verdadera confesión; es lo que deseaba; y como supongo estaréis satisfechas dejadme morir, pues ya que tanto he sufrido, justo es que me concedáis la amable idea de agonizar junto a vosotras.

MARIA. ¿Y dónde la abandonásteis?

CARLOS. Ahí.

MARIA. ¿Dónde?

CARLOS. Ahí mismo, junto a la puerta de los condes de Altamira.

BERTA. ¡Pobre hija mía!

MARIA. ¡Es ella! ¡Es ella!

BERTA. ¿Quién? ¿Quién?

MARIA. Marta.

BERTA. (*Con alegría*). ¿Marta mi hija?

MARIA. Vuestra hija.

BERTA. ¡Marta, hija mía!

MARÍA. ¡Dios mío!

MARTA. (*Entrando*). ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? (*Fi-
jándose en todos*). Estamos divertidos; antes
veo a unos disgustados, ahora vuelvo y lo mis-
mo. ¿Qué pasa?

BERTA. (*Observándola con efusión*). ¡Bendita seas,
hija mía!

MARTA. ¿Te has vuelto loca? ¿Qué es ésto?

BERTA. Soy tu madre.

MARTA. ¡Mi madre!

MARÍA. Sí.

MARTA. ¿Y tú quién eres?

MARÍA. ¿Yo? ¡Una desgraciada!

MARTA. ¿Y a qué es debido todo ésto, que me ha-
céis un lío? ¿Yo quién soy?

MARÍA. Te explicaré, hija mía: Tu padre que es este...

MARTA. ¿Tu marido?

MARÍA. Sí, mi marido, ha confesado su falta. Te
abandonó.

MARTA. ¡Me abandonó!

BERTA. Sí.

MARTA. ¿Y tú qué sabes?

BERTA. ¿No oyes que él lo ha dicho?

MARTA. Mas si tú no estás enterada, tú dices lo
que has oído.

MARÍA. Érais niña; yo os recogí con cariño y os
crié, haciéndome la ilusión de que érais mía.

MARTA. Y lo soy, mamita, lo soy.

MARÍA. No, hija mía, no lo eres; tu madre, a quien
yo no conocía como tal, hoy ha aparecido, es
Berta y, con harto sentimiento, os tengo que
abandonar.

MARTA. ¿Por qué?

MARÍA. Porque es preciso; vuestra madre os reclama y no debo reteneros.

BERTA. No, eso no. Yo solo os pido que me miréis con cariño igual que antes; que mi hija me llame madre; que a las dos nos quiera ¡nos quiera mucho!; a usted, señora, por lo buena que con ella sois y a mí...

MARTA. ¿Y de mi padre no hablas? (*Pausa*). ¿Por qué callais? ¿No es mi padre?

MARÍA. ¡Tu padre!

BERTA. Un mal hombre y un mal marido.

MARTA. ¡Oh! Pues ahora mando. Si mío es mi padre y tuyo tu marido, yo le otorgo mi perdón y conmigo vosotras. ¡Padre! ¡Padre mío! ¿Las perdonas? (*Dirigiéndose adonde se encuentra*). Pero... ¡Qué veo, Dios mío! ¡Si ha muerto!

BERTA y MARÍA. ¡Muerto!

MARTA. Arrodillaos ante mi padre. ¡Padre mío, perdónalas que ellas también te perdonan y yo también! ¡Padre mío! (*Quedan abrazadas al cadáver de Carlos*).

TELON

Precio: 2'50 PTAS.